

en la puerta de la calle aguardándote y te llevaré donde está.

—¿Sabe ella que has venido á verme?

—No lo sabe. Ha sido todo ocurrencia mia; pero yo la preparé con buen arte, á fin de que tu visita, la sorpresa, el inesperado gozo, no la hagan caer en un desmayo. ¿Me prometes que irás?

—Iré.

—Adiós. No faltes. A las diez de la noche en punto. Estaré á la puerta.

Y Antoñona echó á correr, bajó la escalera de dos en dos escalones y se plantó en la calle.

No se puede negar que Antoñona estuvo dicretísima en esta ocasión, y hasta su lenguaje fué tan digno y urbano, que no faltaría quien le calificase de apócrifo, si no se supiese con la mayor evidencia todo esto que aquí se refiere, y si no constasen, además, los prodigios de que es capaz el ingénito despejo de una mujer, cuando le sirve de estímulo un interés ó una pasión grande.

Grande era, sin duda, el afecto de Antoñona por su niña, y viéndola tan enamorada y tan desesperada, no pudo menos de buscar remedio á sus males. La cita á que acababa de comprometer á D. Luis fué un triunfo inesperado. Así es que Antoñona, á fin de sacar provecho del triunfo, tuvo que disponerlo todo de improviso, con profunda ciencia mundana.

Señaló Antoñona para la cita la hora de las

diez de la noche, porque ésta era la hora de la antigua y ya suprimida ó suspendida tertulia en que D. Luis y Pepita solían verse. La señaló, además, para evitar murmuraciones y escándalo, porque ella había oído decir á un predicador que, según el Evangelio, no hay nada tan malo como el escándalo, y que á los escandalosos es menester arrojarlos al mar con una piedra de molino atada al pescuezo.

Volvió, pues, Antoñona á casa de su dueño, muy satisfecha de sí misma y muy resuelta á disponer las cosas con tino para que el remedio que había buscado no fuese inútil, ó no agravase el mal de Pepita en vez de sanarle.

A Pepita no pensó ni determinó prevenirla sino á lo último, diciéndole que D. Luis espontáneamente le había pedido hora para hacerle una visita de despedida, y que ella había señalado las diez.

A fin de que no se originasen habladurías si en la casa veían entrar á D. Luis, pensó en que no le viesen entrar, y para ello eran también muy propicia la hora y la disposición de la casa. A las diez estaría llena de gente la calle con la velada, y por lo mismo repararían menos en D. Luis cuando pasase por ella. Penetrar en el zaguán sería obra de un segundo; y ella, que estaría allí aguardando, llevaría á D. Luis hasta el despacho, sin que nadie le viese.

Todas ó la mayor parte de las casas de los ricachos lugareños de Andalucía son como dos casas en vez de una, y así era la casa de Pepita.

Cada casa tiene su puerta. Por la principal se pasa al patio enlosado y con columnas, á las salas y demás habitaciones señoriales; por la otra, á los corrales, caballeriza y cochera, cocinas, molino, lagar, graneros, trojes donde se conserva la aceituna hasta que se muele; bodegas donde se guarda el aceite, el mosto, el vino de quema, el aguardiente y el vinagre en grandes tinajas; y candioteras ó bodegas donde está en pipas y toneles el vino bueno y ya hecho ó rancio. Esta segunda casa ó parte de casa, aunque esté en el centro de una población de veinte ó veinticinco mil almas, se llama casa de campo. El aperador, los capataces, el mulero, los trabajadores principales y más constantes en el servicio del amo se juntan allí por la noche; en invierno, en torno de una enorme chimenea de una gran cocina, y en verano, al aire libre ó en algún cuarto muy ventilado y fresco, y están holgando y de tertulia hasta que los señores se recogen.

Antoñona imaginó que el coloquio y la explicación que ella deseaba que tuviesen su niña y don Luis Luis requerían sosiego y que no viniesen á interrumpirlos, y así determinó que aquella noche, por ser la velada de San Juan, las chicas que servían á Pepita vacasen en todos sus quehaceres y oficios, y se fuesen á solazar á la casa de campo, armando con los rústicos trabajadores un *jaleo probe*, de fandango, lindas coplas, repiqueteo de castañuelas, brincos y mudanzas.

De esta suerte la casa señorial quedaría casi

desierta y silenciosa, sin más habitantes que ella y Pepita, y muy á propósito para la solemnidad, trascendencia y no turbado sosiego que eran necesarios en la entrevista que ella tenía preparada, y de la que dependía quizás, ó de seguro, el destino de dos personas de tanto valer.

Mientras Antoñona iba rumiando y concertando en su mente todas estas cosas, D. Luis, no bien se quedó solo, se arrepintió de haber procedido tan de ligero y de haber sido tan débil en conceder la cita que Antoñona le había pedido.

Don Luis se paró á considerar la condición de Antoñona, y le pareció más aviesa que la de Enone y la de Celestina. Vió delante de sí todo el peligro á que voluntariamente se aventuraba, y no vió ventaja alguna en hacer recatadamente y á hurto de todos una visita á la linda viuda.

Ir á verla para ceder y caer en sus redes, burlándose de sus votos, dejando mal al Obispo, que había recomendado su solicitud de dispensa, y hasta al Sumo Pontífice, que la había concedido, y desistiendo de ser clérigo, le parecía un desdoro muy enorme. Era además una traición contra su padre, que amaba á Pepita y deseaba casarse con ella. Ir á verla para desengañarla más aún se le antojaba mayor refinamiento de crueldad que partir sin decirle nada.

Impulsado por tales razones, lo primero que pensó D. Luis fué faltar á la cita sin dar excusa ni aviso, y que Antoñona le aguardase en balde en el zaguán; pero Antoñona anunciaría á su señora la visita, y él faltaría, no sólo á Antoñona, sino á Pepita, dejando de ir, con una grossería incalificable.

Discurrió entonces escribir á Pepita una carta muy afectuosa y discreta, excusándose de ir, justificando su conducta, consolándola, manifestando sus tiernos sentimientos por ella, si bien haciendo ver que la obligación y el cielo eran antes que todo, y procurando dar ánimo á Pepita para que hiciese el mismo sacrificio que él hacía.

Cuatro ó cinco veces se puso á escribir esta carta. Emborronó mucho papel; le rasgó en seguida, y la carta no salía jamás á su gusto. Ya era seca, fria, pedantesca, como un mal sermón ó como la plática de un dómine; ya se deducía de su contenido un miedo pueril y ridículo, como si Pepita fuese un monstruo pronto á devorarle; ya tenía el escrito otros defectos y lunares no menos lastimosos. En suma, la carta no se escribió, después de haberse consumido en las tentativas unos cuantos pliegos.

—No hay más recurso—dijo para sí Don Luis—la suerte está echada. Valor, y vamos allá.

Don Luis confortó su espíritu con la esperanza de que iba á tener mucha serenidad y que Dios iba á poner en sus labios un raudal de elocuencia, por donde persuadiría á Pepita,

que era tan buena, de que ella misma le impulsase á cumplir con su vocación, sacrificando el amor mundanal y haciéndose semejante á las santas mujeres que ha habido, las cuales, no ya han desistido de unirse con un novio ó con un amante, sino hasta de unirse con el esposo, viviendo con él como con un hermano, según se refiere, por ejemplo, en la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra. Y después de pensar en esto, se sentía D. Luis más consolado y animado, y ya se figuraba que él iba á ser como otro San Fernando, y que Pepita era como la reina Edita, su mujer; y bajo la forma y condición de la tal reina, virgen á par de esposa, le parecía Pepita, si cabe, mucho más gentil, elegante y poética.

No estaba, sin embargo, D. Luis todo lo seguro y tranquilo que debiera estar después de haberse resuelto á imitar á San Eduardo. Hallaba aún cierto no sé qué de criminal en aquella visita que iba á hacer sin que su padre lo supiese, y estaba por ir á despertarle de su siesta y descubrirselo todo. Dos ó tres veces se levantó de su silla y empezó á andar en busca de su padre; pero luego se detenía y creía aquella revelación indigna; la creía una vergonzosa chi-quillada. El podía revelar sus secretos; pero revelar los de Pepita para ponerse bien con su padre era bastante feo. La fealdad y lo cómico y miserable de la acción se aumentaban, notando que el temor de no ser bastante fuerte para resistir era lo que á hacerla le movía. D. Luis se calló, pues, y no reveló nada á su padre.

Es más: ni siquiera se sentía con la desenvoltura y la seguridad convenientes para presentarse á su padre, habiendo de por medio aquella cita misteriosa. Estaba asimismo tan alborotado y fuera de sí por culpa de las encontradas pasiones que se disputaban el dominio de su alma, que no cabía en el cuarto, y como si brincase ó volase, le andaba y recorría en tres ó cuatro pasos, aunque era grande, por lo cual temía darse de calabazadas contra las paredes. Por último, si bien tenía abierto el balcón por ser verano, le parecía que iba á ahogarse allí por falta de aire, y que el techo le pesaba sobre la cabeza, y que para respirar necesitaba de toda la atmósfera, y para andar, de todo el espacio sin límites, y para alzar la frente y exhalar sus suspiros y encumbrar sus pensamientos, de no tener sobre sí sino la inmensa bóveda del cielo.

Aguijoneado de esta necesidad, tomó su sombrero y su bastón y se fué á la calle. Ya en la calle, huyendo de toda persona conocida y buscando la soledad, se salió al campo y se internó por lo más frondoso y esquivo de las alamedas, huertas y sendas que rodean la población y hacen un paraíso de sus alrededores en un radio de más de media legua.

Poco hemos dicho hasta ahora de la figura de D. Luis. Sépase, pues, que era un buen mozo en toda la extensión de la palabra: alto, ligero, bien formado, cabello negro, ojos negros

también y llenos de fuego y de dulzura. La color trigueña, la dentadura blanca, los labios finos, aunque relevados, lo cual le daba un aspecto desdeñoso, y algo de atrevido y varonil en todo el ademán, á pesar del recogimiento y de la mansedumbre clericales. Había, por último, en el porte y continente de D. Luis aquel indescriptible sello de distinción y de hidalguía que parece, aunque no lo sea siempre, privativa calidad y exclusivo privilegio de las familias aristocráticas.

Al ver á D. Luis, era menester confesar que Pepita Jiménez sabía de estética por instinto.

Corría, que no andaba, D. Luis por aquellas sendas, saltando arroyos y fijándose apenas en los objetos, casi como toro picado del tábano. Los rústicos con quienes se encontró, los hortelanos que le vieron pasar, tal vez le tuvieron por loco.

Cansado ya de caminar sin propósito, se sentó al pie de una cruz de piedra, junto á las ruinas de un antiguo convento de San Francisco de Paula, que dista más de tres kilómetros del lugar, y allí se hundió en nuevas meditaciones, pero tan confusas, que ni él mismo se daba cuenta de lo que pensaba.

El tañido de las campanas que, atravesando el aire, llegó á aquellas soledades, llamando á oración á los fieles, y recordándoles la salutación del Ángel á la Sacratísima Virgen, hizo que D. Luis volviera de su éxtasis y se hallase de nuevo en el mundo real.

El sol acababa de ocultarse detrás de los

picos gigantescos de las sierras cercanas, haciendo que las pirámides, agujas y rotos obeliscos de la cumbre se destacasen sobre un fondo de púrpura y topacio, que tal parecía el cielo, dorado por el sol poniente. Las sombras empezaban á extenderse sobre la vega, y en los montes, opuestos á los montes por donde el sol se ocultaba, relucian las peñas más erguidas, como si fueran de oro ó de cristal hecho ascua.

Los vidrios de las ventanas y los blancos muros del remoto santuario de la Virgen, patrona del lugar, que está en lo más alto de un cerro, así como otro pequeño templo ó ermita que hay en otro cerro más cercano, que llaman el Calvario, resplandecian aún como dos faros salvadores, heridos por los postreros rayos oblicuos del sol moribundo.

Una poesía melancólica inspiraba á la Naturaleza, y con la música callada que sólo el espíritu acierta á oír, se diría que todo entonaba un himno al Creador. El lento son de las campanas, amortiguado y semiperdido por la distancia, apenas turbaba el reposo de la tierra, y convidaba á la oración sin distraer los sentidos con rumores. Don Luis se quitó su sombrero, se hincó de rodillas al pie de la cruz, cuyo pedestal le había servido de asiento, y rezó con profunda devoción el *Angelus Domini*.

Las sombras nocturnas fueron pronto ganando terreno; pero la noche, al desplegar su manto y cobijar con él aquellas regiones, se complace en adornarle de más luminosas estre-

llas y de una luna más clara. La bóveda azul no trocó en negro su color azulado: conservo su azul, aunque le hizo más obscuro. El aire es tan diáfano y tan sutil, que se veían millares y millares de estrellas fulgurando en el éter sin trémulo. La luna plateaba las copas de los árboles y se reflejaba en la corriente de los arroyos, que parecían de un líquido luminoso y trasparente, donde se formaban iris y cambiantes como en el ópalo. Entre la espesura de la arboleda cantaban los ruiseñores. Las hierbas y las flores vertían más generoso perfume. Por las orillas de las acequias, entre la hierba menuda y las flores silvestres, relucian como diamantes ó carbúnculos los gusanillos de luz en multitud innumerable. No hay por allí luciérnagas aladas ni cocuyos, pero estos gusanillos de luz abundan y dan una resplandor bellissimo. Muchos árboles frutales, en flor todavía, muchas acacias y rosales sin cuento embalsamaban el ambiente, impregnándole de suave fragancia.

D. Luis se sintió dominado, seducido, vencido por aquella voluptuosa naturaleza, y dudó de sí. Era menester, no obstante, cumplir la palabra dada y acudir á la cita.

Aunque dando un largo rodeo, aunque recorriendo otras sendas, aunque vacilando á veces en irse á la fuente del río, donde al pie de la sierra brota de una peña viva todo el caudal cristalino que riega las huertas, y es sitio delicioso, D. Luis, á paso lento y pausado, se dirigió hacia la población.

Conforme se iba acercando, se aumentaba el terror que le infundía lo que se determinaba á hacer. Penetraba por lo más sombrío de las enramadas, anhelando ver algún prodigio espantable, algún signo, algún aviso que le retrajese. Se acordaba á menudo del estudiante Lisardo, y ansiaba ver su propio entierro. Pero el cielo sonreía con sus mil luces y excitaba á amar; las estrellas se miraban con amor unas á otras; los ruiseñores cantaban enamorados; hasta los grillos agitaban amorosamente sus elictas sonoras, como trovadores el plectro cuando dan una serenata; la tierra toda parecía entregada al amor en aquella tranquila y hermosa noche. Nada de aviso; nada de signo; nada de pompa fúnebre; todo vida, paz y deleite. ¿Dónde estaba el Angel de la Guarda?

¿Había dejado á D. Luis como cosa perdida, ó calculando que no corría peligro alguno, no se cuidaba de apartarle de su propósito? ¿Quién sabe? Tal vez de aquel peligro resultaría un triunfo. San Eduardo y la reina Edita se ofrecían de nuevo á la imaginación de D. Luis y corroboraban su voluntad.

Embelesado en estos discursos, retardaba D. Luis su vuelta, y aun se hallaba á alguna distancia del pueblo, cuando sonaron las diez, hora de la cita, en el reloj de la parroquia. Las diez campanadas fueron como diez golpes que le hirieron en el corazón. Allí le dolieron materialmente, si bien con un dolor y con un sobresalto mixtos de traidora inquietud y de regalada dulzura.

Don Luis apresuró el paso á fin de no llegar muy tarde, y pronto se encontró en la población.

El lugar estaba animadísimo. Las mozas solteras venían á la fuente del ejido á lavarse la cara, para que fuese fiel el novio á la que le tenía, y para que á la que no le tenía le saltase novio. Mujeres y chiquillos, por acá y por allá, volvían de coger verbena, ramos de romero ú otras plantas, para hacer sahumerios mágicos. Las guitarras sonaban por varias partes. Los coloquios de amor y las parejas dichosas y apasionadas se oían y se veían á cada momento. La noche y la mañanita de San Juan, aunque fiesta católica, conservan no sé qué resabios de paganismo y naturalismo antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano, y no religioso. Todo era amor y galanteo. En nuestros viejos romances y leyendas siempre roba el moro á la linda infantina cristiana y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora, en la noche ó en la mañanita de San Juan, y en el pueblo se diría que conservaban la tradición de los viejos romances.

Las calles estaban llenas de gente. Todo el pueblo estaba en las calles, y además los forasteros. Hacían asimismo muy difícil el tránsito la multitud de mesillas de turrón, arropía y tostones, los puestos de frutas, las tiendas de muñecos y juguetes, y las buñolerías, donde gitanas jóvenes y viejas, ya freían la masa,

infestando el aire con el olor del aceite, ya pesaban y servían los buñuelos, ya respondían con donaire á los piropos de los galanes que pasaban, ya decían la buenaventura.

Don Luis procuraba no encontrar á los amigos y si los veía de lejos, echaba por otro lado. Así fué llegando poco á poco, sin que le hablasen ni detuviesen, hasta cerca del zaguán de casa de Pepita. El corazón empezó á latirle con violencia, y se paró un instante para serenarse. Miró el reloj; eran cerca de las diez y media.

—¡Válgame Dios!—dijo—hará cerca de media que me estará aguardando.

Entonces se precipitó y penetró en el zaguán. El farol que le alumbraba de diario daba poquisima luz aquella noche.

No bien entró D. Luis en el zaguán, una mano, mejor diremos, una garra, le asió por el brazo derecho. Era Antoñona, que dijo en voz baja:

—¡Diantre del colegial, ingrato, desaborido, mostrenco! Ya imaginaba yo que no venías. ¿Dónde has estado, *peal?* ¿Cómo te atreves á tardar, haciéndote de pencas, cuando toda la sal de la tierra se está derritiendo por ti, y el sol de la hermosura te aguarda!

Mientras Antoñona expresaba estas quejas no estaba parada, sino que iba andando y llevando en pos de sí, asido siempre del brazo, al colegial atortolado y silencioso. Salvaron la cancela, y Antoñona la cerró con tiento y sin ruido; atravesaron el patio, subieron por la

escalera, pasaron luego por unos corredores y por dos salas, y llegaron á la puerta del despacho, que estaba cerrada.

En toda la casa reinaba maravilloso silencio. El despacho estaba en lo interior y no llegaban á él los rumores de la calle. Sólo llegaban, aunque confusos y vagos, el resonar de las castañuelas y el son de la guitarra, y un leve murmullo, causado todo por los criados de Pepita, que tenían su *jaleo probe* en la casa de campo.

Antoñona abrió la puerta del despacho, empujó á D. Luis para que entrase, y al mismo tiempo le anunció diciendo:

—Niña, aquí tienes al Sr. D. Luis, que viene á despedirse de tí.

Hecho el anuncio con la formalidad debida, la discreta Antoñona se retiró de la sala, dejando á sus anchas al visitante y á la niña, y volviendo á cerrar la puerta.

Al llegar á este punto, no podemos menos de hacer notar el carácter de autenticidad que tiene la presente historia, admirándonos de la escrupulosa exactitud de la persona que la compuso. Porque si algo de fingido, como es una novela, hubiera en estos *Paralipómicos*, no cabe duda en que una entrevista tan importante y trascendente como la de Pepita y D. Luis se hubiera dispuesto por medios menos vulgares que los aquí empleados. Tal vez nuestros héroes, yendo á una nueva expedición campes-

tre, hubieran sido sorprendidos por deshecha y pavorosa tempestad, teniendo que refugiarse en las ruinas de algún antiguo castillo ó torre moruna, donde por fuerza había de ser fama que aparecían espectros ó cosas por el estilo. Tal vez nuestros héroes hubieran caído en poder de alguna partida de bandoleros, de la cual hubieran escapado merced á la serenidad y valentía de D. Luis, albergándose luego durante la noche, sin que se pudiese evitar, y solitos los dos, en una caverna ó gruta. Y tal vez, por último, el autor hubiera arreglado el negocio de manera que Pepita y su vacilante admirador hubieran tenido que hacer un viaje por mar, y aunque ahora no hay piratas ó corsarios argelinos, no es difícil inventar un buen naufragio, en el cual D. Luis hubiera salvado á Pepita, arribando á una isla desierta ó á otro lugar poético y apartado. Cualquiera de estos recursos hubiera preparado con más arte el coloquio apasionado de los dos jóvenes y hubiera justificado mejor á D. Luis. Creemos, sin embargo, que en vez de censurar al autor porque no apela á tales enredos, conviene darle gracias por la mucha conciencia que tiene, sacrificando á la fidelidad del relato el portentoso efecto que haría si se atreviese á exornarle y bordarle con lances y episodios sacados de su fantasía.

Si no hubo más que la oficiosidad y destreza de Antoñona y la debilidad con que D. Luis se comprometió á acudir á la cita, ¿para qué forjar embustes y traer á los dos amantes como

arrastrados por la fatalidad á que se vean y hablen á solas con gravísimo peligro de la virtud y entereza de ambos? Nada de eso. Si D. Luis se conduce bien ó mal en venir á la cita, y si Pepita Jiménez, á quien Antoñona había ya dicho que D. Luis espontáneamente venía á verla, hace mal ó bien en alegrarse de aquella visita algo misteriosa y fuera de tiempo, no echemos la culpa al acaso, sino á los mismos personajes que en esta historia figuran y á las pasiones que sienten.

Mucho queremos nosotros a Pepita; pero la verdad es antes que todo, y la hemos de decir, aunque perjudique á nuestra heroína. A las ocho le dijo Antoñona que D. Luis iba á venir, y Pepita, que hablaba de morir, que tenía los ojos encendidos y los párpados un poquito inflamados de llorar, y que estaba bastante despeinada, no pensó desde entonces sino en componerse y arreglarse para recibir á D. Luis. Se lavó la cara con agua tibia para que el estrago del llanto desapareciese hasta el punto preciso de no afeár, mas no para que no quedasen huellas de que había llorado; se compuso el pelo de suerte que no denunciaba estudio cuidadoso, sino que mostraba cierto artístico y gentil descuido, sin rayar en desorden, lo cual hubiera sido poco decoroso; se pulió las uñas, y como no era propio recibir de bata á D. Luis, se vistió un traje sencillo de casa. En suma, miró instintivamente á que todos los pormenores de tocador concurriesen á hacerla parecer más bonita y aseada, sin que se trasluciera el

menor indicio del arte, del trabajo y del tiempo gastados en aquellos perfiles, sino que todo ello resplandeciera como obra natural y don gratuito; como algo que persistía en ella, á pesar del olvido de sí misma, causado por la vehemencia de los afectos.

Según hemos llegado á averiguar, Pepita empleó más de una hora en estas faenas de tocador, que habian de sentirse sólo por los efectos. Después se dió el postrer retoque y vistazo al espejo con satisfacción mal disimulada. Y, por último, á eso de las nueve y media, tomando una palmatoria, bajó á la sala donde estaba el niño Jesús. Encendió primero las velas del altarito, que estaban apagadas; vió con cierta pena que las flores yacían marchitas; pidió perdón á la devota imagen por haberla tenido desatendida mucho tiempo; y, postrándose de hinojos, y á solas, oró con todo su corazón y con aquella confianza y franqueza que inspira quien está de huésped en casa desde hace muchos años. A un Jesús Nazareno, con la cruz acuestas y la corona de espinas, á un Ecce-Homo, ultrajado y azotado, con la caña por irrisorio cetro y la áspera soga por ligadura de las manos, ó á un Cristo crucificado, sangriento y moribundo, Pepita no se hubiera atrevido á pedir lo que pidió á Jesús, pequeño todavía, risueño, lindo, sano y con buenos colores. Pepita le pidió que le dejase á Don Luis; que no se le llevase; porque él tan rico y tan abastado de todo, podía sin gran sacrificio desprenderse de aquel servidor y cedérsele á ella.

Terminados estos preparativos, que nos será licito clasificar y dividir en *cosméticos*, indumentarios y religiosos, Pepita se instaló en el despacho, aguardando la venida de D. Luis con febril impaciencia.

Atinada anduvo Antoñona en no decirle que iba á venir, sino hasta poco antes de la hora. Aun así, gracias á la tardanza del galán, la pobre Pepita estuvo deshaciéndose, llena de ansiedad y angustia, desde que terminó sus oraciones y súplicas con el Niño Jesús hasta que vió dentro del despacho al otro niño.

La visita empezó del modo más grave y ceremonioso. Los saludos de fórmula se pronunciaron maquinalmente de una y otra parte, y D. Luis, invitado á ello, tomó asiento en una butaca, sin dejar el sombrero ni el bastón, y á no corta distancia de Pepita. Pepita estaba sentada en el sofá. El velador se veía al lado de ella con libros y con la palmatoria, cuya luz iluminaba su rostro. Una lámpara ardía además sobre el bufete. Ambas luces, con todo, siendo grande el cuarto, como lo era, dejaban la mayor parte de él en la penumbra. Una gran ventana que daba á un jardincillo interior estaba abierta por el calor, y si bien sus hierros eran como la trama de un tejido de rosas enredaderas y jazmines, todavía por entre la verdura y las flores se abrían camino los claros rayos de la luna, penetraban en la estancia y querían luchar con la luz de la lámpara y de la

palmaria. Penetraban además por la ventana-verjel el lejano y confuso rumor del jaleo de la casa de campo, que estaba al otro extremo, el murmullo monótono de una fuente que había en el jardincillo, y el aroma de los jazmines y de las rosas que tapizaban la ventana, mezclado con el de los don-pedros, albahacas y otras plantas que adornaban los arriates al pie de ella.

Hubo una larga pausa, un silencio tan difícil de sostener como de romper. Ninguno de los dos interlocutores se atrevía á hablar. Era, en verdad, la situación muy embarazosa. Tanto para ellos el expresarse entonces, como para nosotros el reproducir ahora lo que expresaron, es empresa ardua; pero no hay más remedio que acometerla. Dejemos que ellos mismos se expliquen, y copiemos al pie de la letra sus palabras.

—Al fin se dignó Vd. venir á despedirse de mí antes de su partida, dijo Pepita. Yo había perdido ya la esperanza.

El papel que hacía D. Luis era de mucho empeño, y por otra parte, los hombres, no ya novicios, sino hasta experimentados y curtidos en estos diálogos, suelen incurrir en tonterías al empezar. No se condene, pues, á D. Luis porque empezase contestando tonterías.

—Su queja de Vd. es injusta, dijo. He estado aquí á despedirme de Vd. con mi padre, y como no tuvimos el gusto de que Vd. nos re-

cibiese, dejamos tarjetas. Nos dijeron que estaba Vd. algo delicada de salud, y todos los días hemos enviado recado para saber de Vd. Grande ha sido nuestra satisfacción al saber que estaba Vd. aliviada. ¿Y ahora, se encuentra Vd. mejor?

—Casi estoy por decir á Vd. que no me encuentro mejor, replicó Pepita; pero como veo que viene Vd. de embajador de su padre, y no quiero afligir á un amigo tan excelente, justo será que diga á Vd., y que Vd. repita á su padre, que siento bastante alivio. Singular es que haya venido usted solo. Mucho tendrá que hacer D. Pedro cuando no le ha acompañado.

—Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido á ver á Vd. Yo he venido solo, porque mi despedida ha de ser solemne, grave, para siempre quizás, y la suya es de índole harto diversa. Mi padre volverá por aquí dentro de unas semanas; yo es posible que no vuelva nunca, y si vuelvo, volveré muy otro del que soy ahora.

Pepita no pudo contenerse. El porvenir de felicidad con que había soñado se desvanecía como una sombra. Su resolución inquebrantable de vencer á toda costa á aquel hombre, único que había amado en la vida, único que se sentía capaz de amar, era una resolución inútil. Don Luis se iba. La juventud, la gracia, la belleza, el amor de Pepita no valían para nada. Estaba condenada, con veinte años de edad y tanta hermosura, á la viudez perpetua.

á la soledad, á amar á quien no la amaba. Todo otro amor era imposible para ella. El carácter de Pepita, en quien los obstáculos recrudescían y avivaban más los anhelos, en quien una determinación, una vez tomada, lo arrollaba todo hasta verse cumplida, se mostró entonces con notable violencia y rompiendo todo freno. Era menester morir ó vencer en la demanda. Los respetos sociales, la inveterada costumbre de disimular y de velar los sentimientos, que se adquiere en el gran mundo, y que pone dique á los arrebatos de la pasión y envuelve en gasas y cendales y disuelve en perifrasis y frases ambiguas la más enérgica explosión de los mal reprimidos afectos, nada podían con Pepita, que tenía poco trato de gentes y que no conocía término medio; que no había sabido sino obedecer á ciegas á su madre y á su primer marido, y mandar después despóticamente á todos los demás seres humanos. Así es que Pepita habló en aquella ocasión y se mostró tal como era. Su alma, con cuanto había en ella de apasionado, tomó forma sensible en sus palabras, y sus palabras no sirvieron para envolver su pensar y su sentir, sino para darle cuerpo. No habló como hubiera hablado una dama de nuestros salones, con ciertas pleguerías y atenuaciones en la expresión, sino con la desnudez idilica con que Cloe hablaba á Dafnis, y con la humildad y el abandono completo con que se ofreció á Booz la nuera de Noemi.

Pepita dijo:

—¿Persiste, Vd., pues, en su propósito? ¿Está Vd. seguro de su vocación? ¿No teme Vd. ser un mal clérigo? Sr. D. Luis, voy á hacer un esfuerzo; voy á olvidar por un instante que soy una ruda muchacha; voy á prescindir de todo sentimiento, y voy á discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ambos comentarios queda Vd. mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar á Vd. palabra, á los pocos días de verle y tratarle, ha conseguido provocar á Vd., moverle á que la mire con miradas que auguraban amor profano, y hasta ha logrado que le dé Vd. una muestra de cariño, que es una falta, un pecado en cualquiera, y más en un sacerdote; si esta mujer es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instrucción, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de Vd. cuando trate y vea y visite en las grandes ciudades á otras mujeres mil veces más peligrosas? Usted se volverá loco cuando vea y trate á las grandes damas que habitan palacios, que huellan mullidas alfombras, que deslumbran con diamantes y perlas, que visten sedas y encajes y no percal y muselina, que desnudan la cándida y bien formada garganta, y no la cubren con un plebeyo y modesto pañolito; que son más diestras en mirar y herir; que por el mismo boato, séquito y pompa de que se rodean son más deseables por ser en apariencia inasequi-

bles; que disertan de política, de filosofía, de religión y de literatura; que cantan como canarios, y que están como envueltas en nubes de aroma, adoraciones y rendimientos, sobre un pedestal de triunfos y victorias, endiosadas por el prestigio de un nombre ilustre, encumbradas en áureos salones ó retiradas en voluptuosos gabinetes, donde entran sólo los felices de la tierra, tituladas acaso, y llamándose únicamente para los íntimos Pepita, Antoñita ó Angelita, y para los demás la Excma. Señora Duquesa ó la Excma. Señora Marquesa. Si Vd. ha cedido á una zafia aldeana, hallándose en vísperas de la ordenación, con todo el entusiasmo que debe suponerse, y si ha cedido impulsado por el capricho fugaz, ¿no tengo razón en prever que va Vd. á ser un clérigo detestable, impuro, mundanal y funesto, y que cederá á cada paso? En esta suposición, créame Vd., Sr. D. Luis, y no se me ofenda, ni siquiera vale Vd. para marido de una mujer honrada. Si Vd. ha estrechado las manos con el ahinco y la ternura del más frenético amante; si Vd. ha mirado con miradas que prometían un cielo, una eternidad de amor, y si Vd. ha besado á una mujer que nada le inspiraba sino algo que para mí no tiene nombre, vaya Vd. con Dios, y no se case Vd. con esa mujer. Si ella es buena, no le querrá á usted para marido, ni siquiera para amante; pero, por amor de Dios, no sea Vd. clérigo tampoco. La Iglesia ha menester de otros hombres más serios y más capaces de virtud para ministros del Altísimo. Por el con-

trario, si Vd. ha sentido una gran pasión por esta mujer de que hablamos aunque ella sea poco digna, ¿por qué abandonarla y engañarla con tanta crueldad? Por indigna que sea, si es que ha inspirado esa gran pasión, ¿no cree Vd. que la compartirá y que será víctima de ella? Pues qué, cuando el amor es grande, elevado y violento, ¿deja nunca de imponerse? ¿No tiraniza y subyuga al objeto amado de un modo irresistible? Por los grados y quilates de su amor debe Vd. medir el de su amada. ¿Y cómo no temer por ella si Vd. la abandona? ¿Tiene ella la energía varonil, la constancia que infunde la sabiduría que los libros encierran, el aliciente de la gloria, la multitud de grandiosos proyectos, y todo aquello que hay en su cultivado y sublime espíritu de Vd. para distraerle y apartarle, sin desgarradora violencia, de todo otro terrenal afecto? ¿No comprende Vd. que ella morirá de dolor, y que Vd., destinado á hacer incruentos sacrificios, empezará por sacrificar despiadadamente á quien más le ama?

—Señora—contestó D. Luis, haciendo un esfuerzo para disimular su emoción y para que no se conociese lo turbado que estaba en lo trémulo y balbuciente de la voz.—Señors, yo también tengo que dominarme mucho para contestar á usted con la frialdad de quien opone argumentos á argumentos como en una controversia; pero la acusación de Vd. viene tan razonada (y Vd. perdone que se lo diga), es tan hábilmente sofística, que me fuerza á desvanecerla con razones. No pensaba yo tener

que disertar aquí y que aguzar mi corto ingenio; pero Vd. me condena á ello, si no quiero pasar por un monstruo. Voy á contestar á los extremos del cruel dilema que ha forjado Vd. en mi daño. Aunque me he criado al lado de mi tío y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea Vd. tan ignorante ni tan pobre de imaginación que no acertase á representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Mi imaginación, por el contrario, sobrepuja á la realidad en todo eso. Excitada por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, se fingía mujeres más elegantes, más graciosas, más discretas, que las que por lo común se hallan en el mundo real. Yo conocía, pues, el precio del sacrificio que hacía, y hasta le exageraba, cuando renuncié al amor de esas mujeres, pensando elevarme á la dignidad del sacerdocio. Harto conocía yo lo que puede y debe añadir de encanto á una mujer hermosa el vestirla de ricas telas y joyas esplendentes, y el circundarla de todos los primores de la más refinada cultura, y de todas las riquezas que crean la mano y el ingenio infatigables del hombre. Harto conocía yo también lo que acrecientan el natural despejo, lo que pulen, realzan y abrillantan la inteligencia de una mujer el trato de los hombres más notables por la ciencia, la lectura de buenos libros, el aspecto mismo de las florecientes ciudades con los monumentos y grandezas que contienen. Todo esto me lo figuraba yo con tal viveza y lo veía con tal her-

mosura, que no lo dude Vd., si yo llego á ver y á tratar á esas mujeres de que Vd. me habla, lejos de caer en la adoración y en la locura que Vd. predica, tal vez sea un desengaño lo que reciba, al ver cuánta distancia media de lo soñado á lo real y de lo vivo á lo pintado.

—¡Estos de Vd. sí que son sofismas!—interrumpió Pepita.—¿Cómo negar á Vd. que lo que Vd. se pinta en la imaginación es más hermoso que lo que existe realmente? Pero ¿cómo negar tampoco que lo real tiene más eficacia seductora que lo imaginado y soñado? Lo vago y aéreo de un fantasma, por bello que sea, no compite con lo que mueve materialmente los sentidos. Contra los ensueños mundanos comprendo que venciesen en su alma de Vd. las imágenes devotas; pero temo que las imágenes devotas no habrán de vencer á las mundanas realidades.

—Pues no lo tema Vd., señora—replicó D. Luis.—Mi fantasía es más eficaz en lo que crea que todo el universo, menos Vd., en lo que por los sentidos me trasmite.

—¿Y por qué *menos yo*? Esto me hace caer en otro recelo. ¿Será quizás la idea que Vd. tiene de mí, la idea que me ama, creación de esa fantasía tan eficaz, ilusión en nada conforme conmigo?

—No; no lo es; tenga fe de que esta idea es en todo conforme con Vd.; pero tal vez es ingénita en mi alma; tal vez está en ella desde que fué creada por Dios; tal vez es parte de su

esencia; tal vez es lo más puro y rico de su ser, como el perfume en las flores.

—¡Bien me lo temía yo! Usted me lo confiesa ahora. Usted no me ama. Eso que ama Vd. es la esencia, el aroma, lo más puro de su alma, que ha tomado una forma parecida á la mía.

No, Pepita; no se divierta Vd. en atormentarme. Esto que yo amo es Vd., y á Vd. tal cual es; pero es tan bello, tan limpio, tan delicado esto que yo amo, que no me explico que pase todo por los sentidos de un modo grosero y llegue así hasta mi mente. Supongo, pues, y creo, y tengo por cierto, que estaba antes en mí. Es como la idea de Dios, que estaba en mí, que ha venido á magnificarse y desenvolverse en mí, y que, sin embargo, tiene su objeto real, superior, infinitamente superior á la idea. Como creo que Dios existe, creo que existe Vd. y que vale Vd. mil veces más que la idea que de Vd. tengo formada.

—Aun me queda una duda. ¿No pudiera ser la mujer en general, y no yo singular y exclusivamente, quien ha despertado esa idea?

—No, Pepita; la magia, el hechizo de una mujer, bella de alma y de gentil presencia, habían, antes de ver á Vd., penetrado en mi fantasía. No hay duquesa ni marquesa en Madrid, ni emperatriz en el mundo, ni reina ni princesa en todo el orbe, que valgan lo que valen las ideales y fantásticas criaturas con quienes yo he vivido, porque se aparecían en los alcázares y camarines, estupendos de lujo, buen gusto y

exquisito ornato, que yo edificaba en mis espacios imaginarios, desde que llegué á la adolescencia, y que daba luego por morada á mis Lauras; Beatrices, Julietas, Margaritas y Eleonoras, ó á mis Cintias, Gliceras y Lesbias. Yo las coronaba en mi mente con diademas y mitras orientales, y las envolvía en mantos de púrpura y de oro, y las rodeaba de pompa regia, como á Ester y á Vasti; yo les prestaba la sencillez bucólica de la edad patriarcal, como á Rebeca y á la Sulamita; yo les daba la dulce humildad y la devoción de Ruth; yo las oía discurrir como Aspasia ó Hipatia, maestras de elocuencia; yo las encumbraba en estrados riquísimos, y ponía en ellas reflejos gloriosos de clara sangre y de ilustre prosapia, como si fuesen las matronas patricias más orgullosas y nobles de la antigua Roma; yo las veía ligeras, coquetas, alegres, llenas de aristocrática desenvoltura, como las damas del tiempo de Luis XIV en Versalles, y yo las adornaba, ya con púdicas estolas, que infundían veneración y respeto, ya con túnicas y peplos sutiles, por entre cuyos pliegues airosos se dibujaba toda la perfección plástica de las gallardas formas; ya con la *coa* transparente de las bellas cortesanas de Atenas y Corinto, para que reluciese, bajo la nebulosa velatura, lo blanco y sonrosado del bien torneado cuerpo. Pero ¿qué valen los deleites del sentido, ni qué valen las glorias todas y las magnificencias del mundo, cuando un alma arde y se consume en el amor divino, como yo entendía, tal vez con sobrada soberbia,

que la mía estaba ardiendo y consumiéndose? Ingentes peñascos, montañas enteras, si sirven de obstáculo á que se dilate el fuego que de repente arde en el seno de la tierra, vuelan deshechos por el aire, dando lugar y abriendo paso á la amontonada pólvora de la mina ó á las inflamadas materias de volcan en erupción atronadora. Así, ó con mayor fuerza, lanzaba de sí mi espíritu todo el peso del universo y de la hermosura creada, que se le ponía encima y le aprisionaba, impidiéndole volar á Dios, como á su centro. No, no he dejado yo por ignorancia ningún regalo, ninguna dulzura, ninguna gloria: todo lo conocía y lo estimaba en más de lo que vale cuando lo desprecié por otro regalo, por otra gloria, por otras dulzuras mayores. El amor profano de la mujer, no sólo ha venido á mi fantasía con cuantos halagos tiene en sí, sino con aquellos hechizos soberanos y casi irresistibles de la más peligrosa de las tentaciones; de la que llaman los moralistas tentación vírginea, cuando la mente, aún no desengañada por la experiencia y el pecado, se finge en el abrazo amoroso un subidísimo deleite, inmensamente superior, sin duda, á toda realidad y á toda verdad. Desde que vivo, desde que soy hombre, y ya hace años, pues no es tan grande mi mocedad, he despreciado todas esas sombras y reflejos de deleites y de hermosuras, enamorado de una hermosura arquetipo y ansioso de un deleite supremo. He procurado morir en mí para vivir en el objeto amado; des-nudar, no ya sólo los sentidos, sino hasta las

potencias de mi alma, de afectos del mundo y de figuras y de imágenes, para poder decir con razón que no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Tal vez, de seguro, he pecado de arrogante y de confiado, y Dios ha querido castigarme. Usted entonces se ha interpuesto en mi camino y me ha sacado de él y me ha extraviado. Ahora me zahiere, me burla, me acusa de liviano y de fácil; y al zaherirme y burlarme se ofende á sí propia, suponiendo que mi falta me la hubiera hecho cometer otra mujer cualquiera. No quiero, cuando debo ser humilde, pecar de orgulloso defendiéndome. Si Dios, en castigo de mi soberbia, me ha dejado de su gracia, harto posible es que el más ruin motivo me haya hecho vacilar y caer. Con todo, diré á Vd. que mi mente, quizás alucinada, lo entiende de muy diversa manera. Será efecto de mi no domada soberbia; pero repito que lo entiendo de otra manera. No acierto á persuadirme de que haya ruindad ni bajeza en el motivo de mi caída. Sobre todos los ensueños de mi juvenil imaginación ha venido á sobreponerse y entronizarse la realidad que en Vd. he visto; sobre todas mis ninfas, reinas y diosas, Vd. ha descollado; por cima de mis ideales creaciones, derribadas, rotas, deshechas por el amor divino, se levantó en mi alma la imagen fiel, la copia exactísima de la viva hermosura que adorna, que es la esencia de ese cuerpo y de esa alma. Hasta algo de misterioso, de sobrenatural, puede haber intervenido en esto, porque amé á Vd. desde que la vi, casi antes

de que la viera. Mucho antes de tener conciencia de que la amaba á Vd., ya la amaba. Se diría que hubo en esto algo de fatídico; que estaba escrito; que era una predestinación.

—Y si es una predestinación, si estaba escrito—interrumpió Pepita—¿por qué no someterse, por qué resistirse todavía? Sacrifique Vd. sus propósitos á nuestro amor. ¿Acaso no he sacrificado yo mucho? Ahora mismo, al rogar, al esforzarme por vencer los desdenes de Vd., ¿no sacrifico mi orgullo, mi decoro y mi recato? Yo también creo que amaba á Vd. antes de verle. Ahora amo á Vd. con todo mi corazón, y sin Vd. no hay felicidad para mí. Cierto es que en mi humilde inteligencia no puede Vd. hallar rivales tan poderosos como yo tengo en la de Vd. Ni con la mente, ni con la voluntad, ni con el afecto atino á elevarme á Dios inmediatamente. Ni por naturaleza, ni por gracia subo ni me atrevo á querer subir á tan encumbradas esferas. Llena está mi alma, sin embargo, de piedad religiosa y conozco y amo y adoro á Dios, pero sólo veo su omnipotencia y admiro su bondad en las obras que han salido de sus manos. Ni con la imaginación acierto tampoco á torjarme esos ensueños que Vd. me refiere. Con alguien, no obstante, más bello, entendido, poético y amoroso que los hombres que me han pretendido hasta ahora, con un amante más distinguido y cabal que todos mis adoradores de este lugar y de los lugares vecinos, soñaba yo para que me amara y para que yo le amase y le rindiese mi albedrío. Ese

alguien era Vd. Lo presentí cuando me dijeron que Vd. había llegado al lugar: lo reconocí cuando ví á Vd. por vez primera. Pero como mi imaginación es tan estéril, el retrato que yo de Vd. me había trazado no valía, ni con mucho, lo que Vd. vale. Yo también he leído algunas historias y poesías, pero de todos los elementos que de ellas guardaba mi memoria no logré nunca componer una pintura que no fuese muy inferior en mérito á lo que veo en Vd. y comprendo en Vd. desde que le conozco. Así es que estoy rendida, vencida y aniquilada desde el primer día. Si amor es lo que Vd. dice, si es morir en sí para morir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mio, porque he muerto en mí y sólo vivo en Vd. y para Vd. He deseado desechar de mí este amor, creyéndole mal pagado, y no me ha sido posible. He pedido á Dios con mucho fervor que me quite el amor ó me mate, y Dios no ha querido oirme. He rézado á María Santísima para que borre del alma la imagen de usted, y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en Vd. sino como él pensaba en su bendita Esposa, y el santo no me ha socorrido. Viendo esto, he tenido la audacia de pedir al cielo que se deje Vd. vencer, que Vd. deje de querer ser clérigo, que nazca en su corazón de Vd. un amor tan profundo como el que hay en mi corazón. D. Luis, dígamelo Vd. con franqueza, ¿ha sido también sordo el cielo á esta última súplica? ¿O es acaso que para avasallar y rendir un alma pequeña,

cuitada y débil como la mía, basta un pequeño amor, y para avasallar la de Vd., cuando tan altos y fuertes pensamientos la velan y custodian, se necesita de amor más poderoso, que yo no soy digna de inspirar, ni capaz de compartir, ni hábil para comprender siquiera?

—Pepita—contestó D. Luis—no es que su alma de Vd. sea más pequeña que la mía, sino que está libre de compromisos, y la mía no lo está. El amor que Vd. me ha inspirado es inmenso; pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos á realizarse. ¿Por qué no he de decirlo, sin temor de ofender á Vd? Si Vd. logra en mí su amor, Vd. no se humilla. Si yo cedo á su amor de Vd., me humillo y me rebajo. Dejo al Creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad, rompo la imagen de Cristo, que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo, que á tanta costa había yo formado en mí, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Por qué, en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, que antes he menospreciado, no se eleva Vd. hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria? ¿Por qué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado y sin mancha? Dios, con el fuego purísimo y refulgente de su amor, penetra las almas santas y las llena por tal arte, que así como un metal que sale de la fragua, sin dejar de ser metal, reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchen de Dios, y

en todo son Dios, penetrados por donde quiera de Dios, en gracia del amor divino. Estas almas se aman y se gozan entonces, como si amaran y gozaran á Dios, amándole y gozándole, porque Dios son ellas. Subamos, juntos en espíritu, esta mística y difícil escala; asciendan á la par nuestras almas á esta bienaventuranza, que aun en la vida mortal es posible; mas para ello es fuerza que nuestros cuerpos se separen; que yo vaya á donde me llama mi deber, mi promesa y la voz del Altísimo, que dispone de su siervo y le destina al culto de sus altares.

—¡Ay, señor D. Luis!—replicó Pepita toda desolada y compungida.—Ahora conozco cuán vil es el metal de que estoy forjada y cuán indigno de que le penetre y mude el fuego divino. Lo declararé todo, desechando hasta la vergüenza. Soy una pecadora infernal. Mi espíritu grosero é inculto no alcanza esas sutilezas, esas distinciones, esos refinamientos de amor. Mi voluntad rebelde se niega á lo que Vd. propone. Yo ni siquiera concibo á Vd. sin Vd. Para mí es Vd. su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos su dulce voz y el regalado acento de sus palabras, que hieren y encantan materialmente mis oídos; toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y al través de la cual se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios. Mi alma, reacía é incapaz de esos raptos misteriosos, no acertará á seguir á Vd. nunca á las regiones donde quiere llevarla. Si Vd. se eleva hasta ellas, yo me que-

daré sola, abandonada, sumida en la mayor aflicción. Prefiero morirme. Merezco la muerte; la deseo. Tal vez al morir, desatando ó rompiendo mi alma estas infames cadenas que la detienen se haga hábil para ese amor con que Vd. desea que nos amemos. Máteme Vd. antes, para que nos amemos así; máteme usted antes y, ya libre mi espíritu, le seguirá por todas las regiones y peregrinará invisible al lado de Vd., velando su sueño, contemplándolo con arrobó, penetrando sus pensamientos mas ocultos, viendo en realidad su alma, sin el intermedio de los sentidos. Pero viva, no puede ser. Yo amo en Vd., no ya sólo el alma, sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal D. Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé qué más diga. Repito que es menester matarme. Máteme Vd. sin compasión. No: yo no soy cristiana, sino idólatra materialista.

Aquí hizo Pepita una larga pausa. D. Luis no sabía qué decir y callaba. El llanto bañaba las mejillas de Pepita, la cual prosiguió sollozando:

—Lo conozco: Vd. me desprecia y hace bien en despreciarme. Con ese justo desprecio me matará Vd. mejor que con un puñal, sin que se manche de sangre ni su mano ni su conciencia. Adiós. Voy á libertar á Vd. de mi presencia odios. Adiós para siempre.

Dicho esto, Pepita se levantó de su asiento,

y sin volver la cara, inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos se lanzó hacia la puerta que daba á las habitaciones interiores. Don Luis sintió una invencible ternura, una piedad funesta. Tuvo miedo de que Pepita muriese. La siguió para detenerla, pero no llegó á tiempo. Pepita pasó la puerta. Su figura se perdió en la oscuridad. Arrastrado Don Luis como por un poder sobrehumano, impulsado como por una mano invisible, penetró en pos de Pepita en la estancia sombría.

El despacho quedó solo.

El baile de los criados debía de haber concluido, pues no se oía el más leve rumor. Sólo sonaba el agua de la fuente del jardincillo.

Ni un leve soplo de viento interrumpía el sosiego de la noche y la serenidad del ambiente. Penetraban por la ventana el perfume de las flores y el resplandor de la luna. Al cabo de un largo rato, D. Luis apareció de nuevo, saliendo de la oscuridad. En su rostro se veía pintado el terror, algo de la desesperación de Judas.

Se dejó caer en una silla; puso ambos puños cerrados en su cara, y en sus rodillas ambos codos, y así permaneció más de media hora, sumido sin duda en un mar de reflexiones amargas.

Cualquiera, si le hubiera visto, hubiera sospechado que acababa de asesinar á Pepita.

Pepita, sin embargo, apareció después. Con